LAURA MONTALBÁN



EL PUEBLO DE LA BRUMA

Un hombre perdido,
un faro maldito,
una cuenta pendiente.

Copyright © 2025 Laura Montalbán Mas

© 2025 Laura Montalbán Más.
Todos los derechos reservados.

Corrección: Irus de la Santa Cruz.
Sello: Fénix Literario.

Este libro no puede ser reproducido, distribuido ni transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso previo y por escrito del autor, excepto en los casos de citas breves en reseñas o críticas.

Cualquier infracción a estos derechos podrá ser sancionada conforme a las leyes de propiedad intelectual.

Primera edición: Marzo de 2025.

Para Fénix Literario.

A quienes renacen con cada historia,
a las voces que desafían el olvido,
a los autores que alzan el vuelo.

Que cada libro sea un renacer,
que cada página arda con la pasión
de quienes nunca dejan de escribir su destino.

Porque en Fénix, la literatura nunca muere.

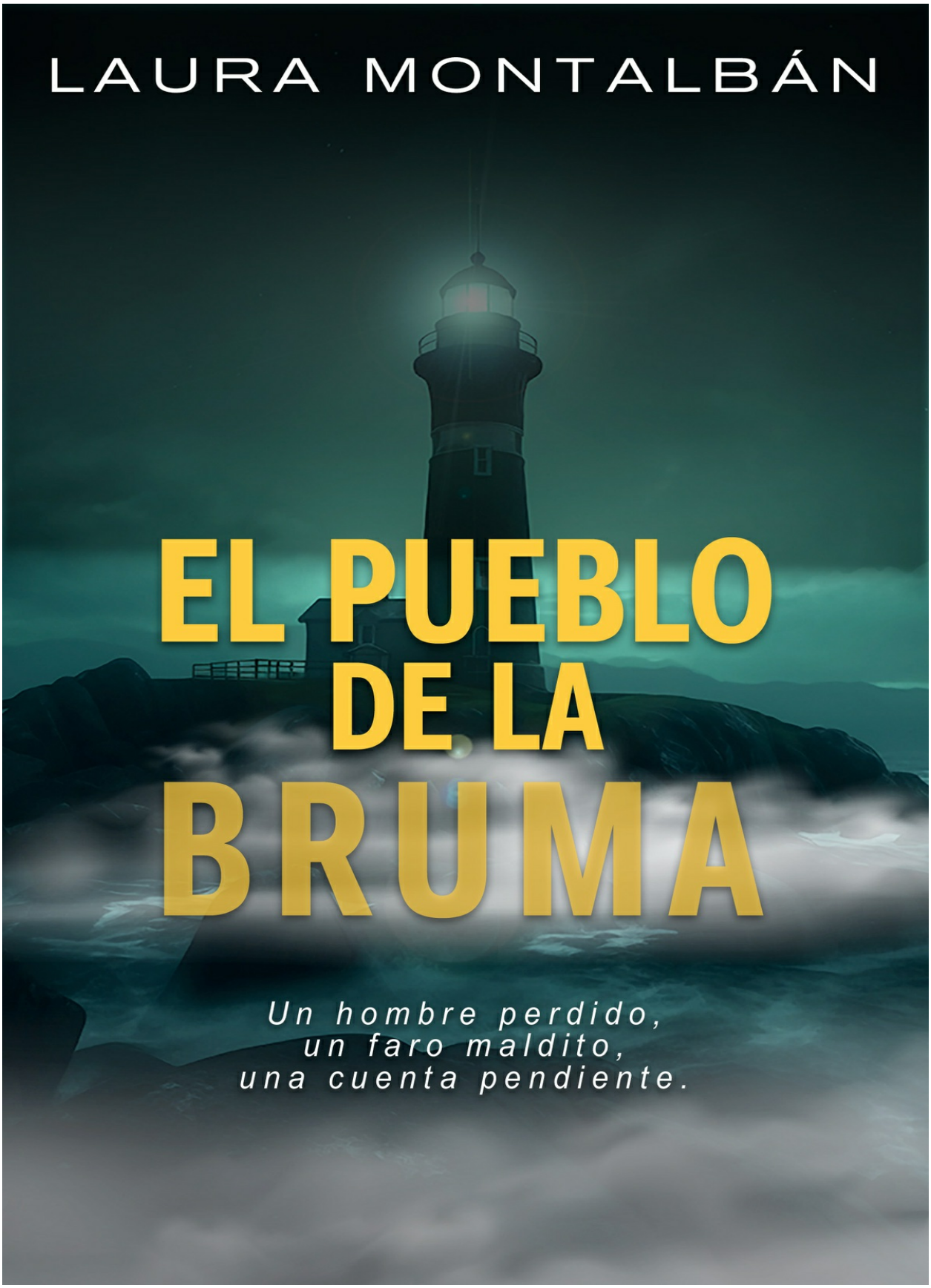
En Editorial Fénix Literario creemos en el poder de las historias que dejan huella. Cada libro con nuestro sello es sinónimo de calidad, pasión y excelencia narrativa. Sumérgete en estas páginas y descubre una experiencia de lectura inolvidable.

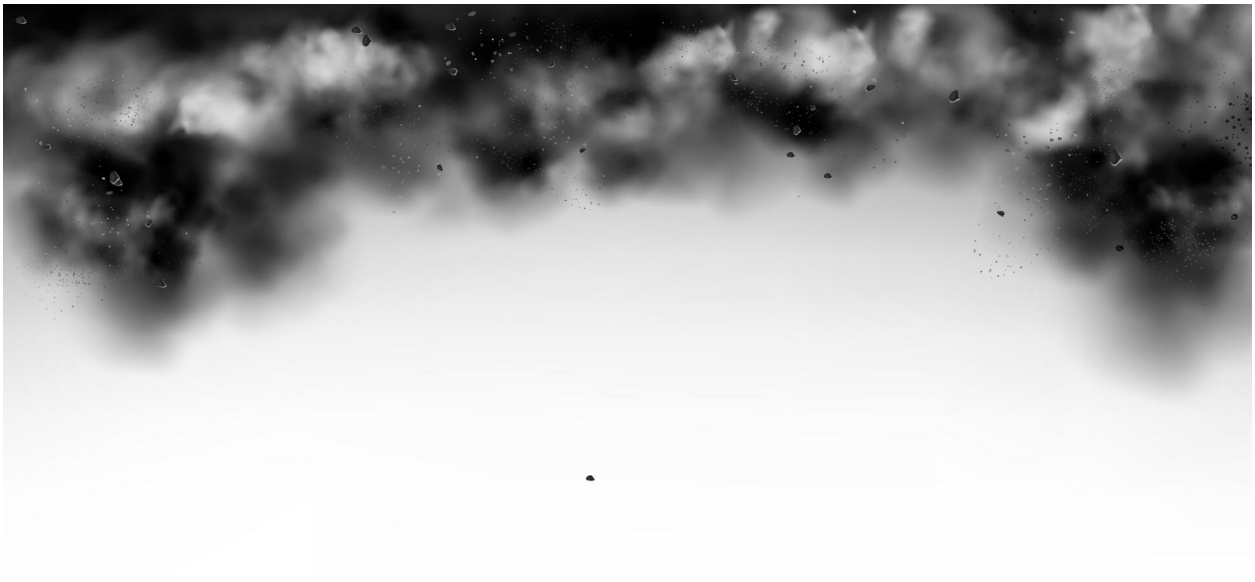
ESTE RELATO TIENE EL SELLO DE CALIDAD DE LA EDITORIAL FÉNIX LITERARIO, GARANTIZANDO UNA LECTURA INOLVIDABLE.



Aviso a lectores

Este relato forma parte del Mowoverso, el universo narrativo de los libros de Mowoko. Puedes disfrutarlo de manera independiente a las novelas de la autora, pero ten en cuenta que contiene algunos spoilers y menciona personajes que, si no has leído antes, podrían despertar tu curiosidad.
Te invito a sumergirte en este mundo y descubrir todas sus historias. ¡Bienvenida/o al Mowoverso!


LAURA MONTALBÁN
EL PUEBLO DE LA BRUMA
Un hombre perdido,
un faro maldito,
una cuenta pendiente.



La Tormenta

Matteo Sagasti despertó envuelto en sudor y con el corazón desbocado, otra vez estremecido. Tomó unos minutos para recobrar el aliento, llevándose una mano al pecho acelerado. Aspiró todo el aire que pudo hasta que sus pulmones dolieron y lo soltó con lentitud, devolviendo la serenidad a su ser. Se frotó la nívea piel de su rostro para despejarse y se retiró el pelo oscuro que le caía sobre la frente.

Miró el reloj en la mesa de noche. Eran las tres de la mañana, otra vez, tras el mismo sueño febril que lo atormentaba noche tras noche. Volvía a escuchar los gritos desesperados de su esposa, luchando contra las olas, intentando escapar de aquella tormenta furiosa en medio de la inmensidad salada. Habían pasado diez meses, ocho horas y veinte minutos desde que el mar la había engullido sin dejar rastro, arrebatándosela para siempre. Lo que debía haber sido un viaje de placer en un pequeño barco alquilado se convirtió en su peor pesadilla. Aquellas fatídicas vacaciones lo retornaron viudo a la orilla del mar, con una herida en el corazón que jamás sanaría.

Abrió el cajón de la mesita y sacó un frasco de tranquilizantes. Esa legión de médicos le había asegurado que el dolor se aliviaría durmiendo. Siempre y cuando su mente atormentada le diera una tregua. Junto al tarro había una libreta. Matteo era escritor y creía firmemente que las mejores ideas nacían en la quietud de la noche, así que guardaba sus pensamientos en aquellas páginas, esperando que alguno de ellos se convirtiera en su salto a la fama.

Desde hacía meses, su mente estaba atrapada en un bucle de sufrimiento, asediada por la reminiscencia de la voz de su esposa Sharon, clamando su nombre antes de hundirse en las aguas. Y en el preciso momento en el que sus ensoñaciones estaban por acabar, aparecía un faro en medio de la bruma. Ese maldito faro, que nunca había visto en la realidad, regresaba sin falta. Entonces, en plena madrugada, Matteo tomó su pequeña libreta y comenzó a dibujar la torre

lumínica que lo desesperaba.

Durante la noche siguiente, Matteo revistió el horror de su mujer y la presencia del gigante portuario. Agotado de tanto insomnio, se levantó con un suspiro resignado, se vistió y se dirigió al único lugar donde tenía permitido ir a esas horas de la madrugada: la biblioteca de Terrazul.

Al llegar, se dejó caer en una silla en el centro de la sala, rodeado de estantes repletos de libros que parecían custodiar el silencio del lugar. Respiró profundamente, llenando sus pulmones con el aroma de papel envejecido, de historias guardadas entre hojas amarillentas y, por un momento, sintió que su mente se calmaba.

Los recuerdos lo asaltaron entonces. Diez años atrás, Sharon solía ocupar una mesa en el rincón más apartado, siempre rodeada de apuntes, concentrada en su objetivo de entrar a la carrera de medicina y aprovechar al máximo su intercambio. La veía con suma claridad en su mente, con su cabello rubio cayendo en ondas suaves y esos ojos verdes como esmeraldas que lo habían hechizado desde el primer día.

—Qué suerte tuve de encontrarte —murmuró para sí mismo, con la voz cargada de una ternura nostálgica. Sharon era un ángel, o lo más cercano a uno que él había conocido. Su sonrisa fácil y sus sueños ligeros habían iluminado sus días desde el primer instante. Se había enamorado de ella en silencio, con solo mirarla en la distancia. Hasta que un frío día de noviembre, juntó el coraje para sentarse frente a ella y hablarle por primera vez.

Matteo dejó caer la cabeza hacia atrás, frotando sus muslos con vigor, mientras el eco de sus pensamientos lo alejaba de la realidad. De repente, un leve sonido de papel lo devolvió a la sala. Frunció el ceño, hundió la mano en el bolsillo y sacó una nota arrugada arrancada de su libreta. Allí estaba su dibujo del faro. ¿Y si aquel faro significaba algo? Se preguntó en un susurro desairado.

La curiosidad despertó en él como un chispazo, impulsándolo a moverse. No necesitó más para comenzar a hurgar entre los libros de la biblioteca. Revisó mapas, guías de viaje y viejos cuadernos de historia tratando de encontrar una conexión. Era como buscar una aguja en un pajar, pero la sensación de que ese faro escondía un significado importante no lo dejaba rendirse.

Encendió un ordenador y la pantalla azul iluminó su rostro mientras buscaba en internet. Navegó por páginas, blogs y foros con la esperanza de encontrar alguna pista o alguna referencia que lo guiara. Sin embargo, los resultados no llevaban a ningún lado y la frustración comenzaba a asentarse en su pecho.

Fue entonces cuando la primera luz del amanecer se filtró por las ventanas, llenando la biblioteca de un brillo suave y dorado. En ese instante, la puerta se abrió con un chasquido y una mujer menuda y regordeta entró canturreando suavemente, ajena a la presencia de alguien más. Al levantar la vista y encontrarse con Matteo dejó escapar un grito sorpresivo que resonó en la sala.

—¡Santo Dios! ¡Matt! ¡Me has dado un susto de muerte, maldita sea! —exclamó Margarita llevándose una mano al pecho mientras intentaba recuperar la compostura.

Matteo levantó la mano en un gesto de disculpa y agachó la cabeza con una mueca de arrepentimiento.

—Lo siento mucho, Margarita. Ya me iba —dijo comenzando a levantarse de su asiento.

—¿Pero desde cuándo estás aquí? —Quiso saber ella mientras se apresuraba a dejar su bolso y a colocar sus cosas en orden, preparándose para empezar su jornada como bibliotecaria.

—Creo que desde las dos de la mañana… —respondió Matteo con un suspiro cansado.

Margarita se santiguó al escuchar la respuesta y luego se acercó a él con una mezcla de

preocupación y reproche en la mirada.

—¿Cómo estás, cielo? —Para Margarita, Matteo era como un miembro de la familia. Lo conocía desde que era un niño, cuando su padre lo llevaba a pedir prestados libros. Lo había visto crecer, madurar, conocer a Sharon y enamorarse perdidamente de ella en las calles del pueblo.

Matteo se encogió de hombros.

—Estoy... —dijo suavemente mientras se terminaba de levantar de la incómoda silla dispuesto a marcharse.

—¡Anda! ¡Qué dibujo tan bonito! ¡Es Valdebruma! ¿No? —exclamó Margarita tomando entre sus manos el dibujo arrugado del faro.

Matteo la miró asombrado.

—¿Cómo dices? ¿Conoces ese lugar? ¿Existe?

Margarita lo observó con extrañeza.

—Parece Valdebruma, es un pueblito cercano al que yo nací. Lo visitaba mucho antes de que me destinaran aquí a Terrazul. Está al lado del mar… Es un lugar precioso, con ese faro tan…

—¡Margarita! —Matteo, llevado por la emoción, la agarró por los hombros—. ¡Dime dónde es, rápido!

—Bien, de acuerdo cielo, ¿pero no quieres una galletita antes? Las ha hecho Siena. —Le tentó destapando dos docenas de galletas despertando su hambre de golpe.

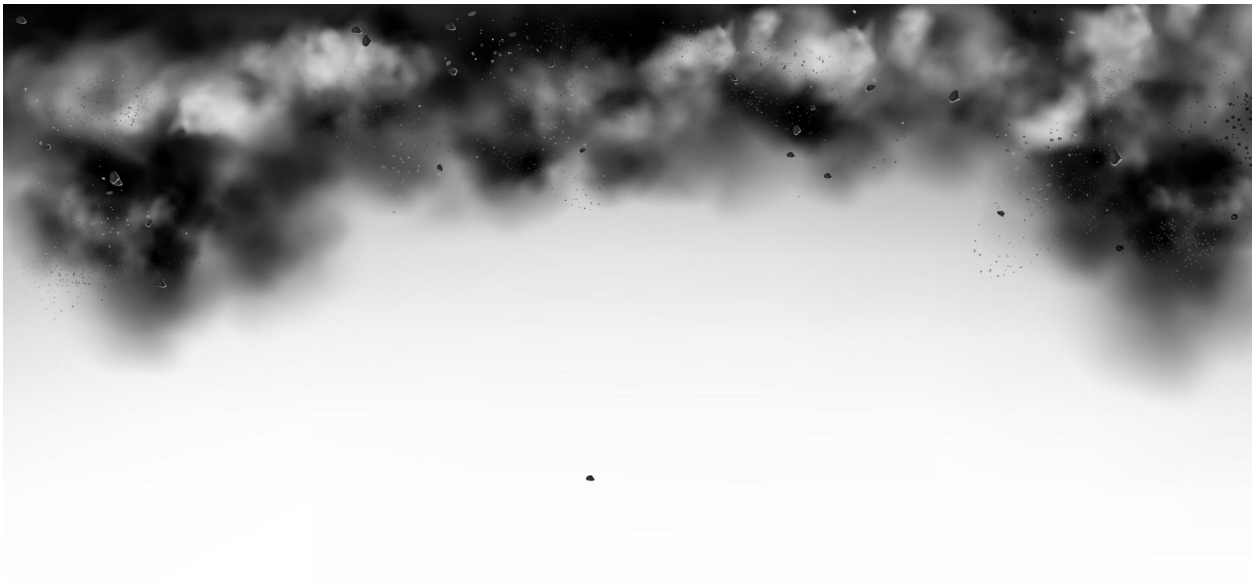
Él hizo un mohín desganado, pero solo el aroma ya despertó su interés.

—Si son de Siena, no puedo decir que no.

Ambos rieron cómplices y saborearon las delicias azucaradas con calma. Tras eso, la mujer le dio indicaciones exactas de cómo llegar al lugar. Serían casi seis horas de viaje por carretera y esas vías no habían sido bien mantenidas desde hacía años.

Matteo llegó a su casa corriendo, buscó una maleta en su armario y echó ropa dentro, como quien sazona con condimentos a una comida. Agarró su libreta y olvidó sus medicamentos. Salió veloz, cerró la puerta de su coche y se dispuso a arrancar.

—Debo de estar volviéndome loco. —Se reprochó en voz alta mientras encendía el motor.



LA NIEBLA

Tras seis horas de interminable viaje, el pintoresco Valdebruma emergió entre dos valles. El pueblo estaba envuelto en una bruma espesa que lo transformaba en un paisaje casi irreal. Los contornos de las casas, construidas con piedra envejecida, se difuminaban en la niebla dándoles un aspecto fantasmal. Los techos de pizarra oscura estaban perlados de humedad y las ventanas, con sus marcos de madera gastada, parecían ojos antiguos que observaban en silencio.

Las calles estrechas y sinuosas, empedradas con adoquines irregulares, se perdían en la neblina, como si condujeran a ningún lugar. Los faroles apagados se alzaban como guardianes solitarios, sus figuras apenas visibles entre la bruma.

El mar como telón de fondo se insinuaba con su presencia, el rumor de las olas llegaba amortiguado, lejano, pero siempre presente. Los árboles que bordeaban el pueblo parecían sombras retorcidas con sus ramas desnudas extendiéndose hacia el cielo gris.

El ambiente era tan denso y silencioso que cada paso resonaba de manera inquietante. Matt podía sentir el frío húmedo calando sus huesos incluso antes de bajarse. La quietud del lugar le daba la sensación de estar atrapado en un sueño o en un recuerdo perdido en el tiempo.

El señor Sagasti nunca había visto un lugar así, tan lúgubre y cargado de memorias. Aparcó su coche en una de las tantas calles desiertas. Las aceras parecían sacadas de otra época, estáticas en el tiempo. Aunque eran las cuatro de la tarde, la neblina que cubría el lugar lo oscurecía todo, haciendo que pareciera mucho más tarde.

No había un alma por muchas calles que recorriera. Matt miró su móvil, pero no tenía ni una sola raya de cobertura. La angustia volvió a aferrarse a su pecho.

—Fantástico… Hemos viajado en el tiempo doscientos años —murmuró para sí mismo.

Se subió el cuello de la gabardina y regresó al coche para sacar su maleta pequeña y oscura.

El frío en aquel lugar era palpable y se arremolinaba a su cuerpo como tentáculos. Miró a su alrededor alertado por un ruido y a lo lejos divisó a un hombre que barría con suavidad el portal de su casa. Sin pensarlo dos veces, se acercó a él. El hombre de pelo cano y facciones afables se sorprendió al verlo, parecía que no había visto un humano en años.

—Disculpe —dijo Matt disimulando un escalofrío—, ¿podría indicarme dónde encontrar un hotel?

El anciano, que llevaba puesta una boina de cuadros, relajó los hombros ante la pregunta y siguió con su actividad.

—Puede cruzar esa calle y llegará a la plaza del reloj. Allí encontrará el hostal de la Dolores.

—Muy amable, señor, gracias. —Matt levantó una mano a modo de despedida y se dispuso a marcharse.

—Que Dios te acompañe, muchacho —respondió el hombre, levantando su gorra en señal de cortesía. Y sin más continuó barriendo.

El hostal Refugio, más que un simple alojamiento, era una casa antigua con siglos de historia impregnados en sus muros de piedra. Situada en la plaza del reloj, su fachada de granito oscuro y cubierto de musgo hablaba de épocas pasadas, cuando los viajeros se resguardaban del frío viento marítimo. Los tejados inclinados estaban cubiertos de pizarra envejecida, y las pequeñas ventanas, con sus marcos de madera tallada, daban sensación de olvido. Aquella casa y el salitre eran uno, nadie escapa a la voracidad del mar.

La plaza del reloj, una pequeña explanada rodeada de arcos de piedra, contenía toda la vida de aquel pueblo. Sus habitantes se reunía en las terrazas bajo los soportales, conviviendo con calma. Las mujeres conversaban en los rincones y los niños jugaban a la pelota. El sonido de las risas y el murmullo de las voces con ese acento costeño contrastaban con la silenciosa serenidad del hostal, que como una reliquia del pasado se mantenía firme y acogedora.

Matt tocó la campanilla del mostrador y al instante una mujer alta y huesuda, vestida con un vestido granate de terciopelo, le mostró una gran sonrisa.

—Buenos días, joven. ¿En qué puedo ayudarle? —repuso servicial Dolores.

—Buenos días, quisiera alquilar una habitación para todo este fin de semana, por favor. Dígame cuánto es y si necesito pagar en efectivo.

—Puede pagar con tarjeta, si lo desea, en el hotel tenemos wifi y cobertura, aunque parezca lo contrario. —La señora comenzó a reír ante los colores de Matteo.

Arreglaron el pago con una conversación corta y directa. Matteo seguía un poco avergonzado. La mujer lo observó con detenimiento, estudiando cada uno de sus gestos antes de girarse hacia el casillero que había a su espalda. Tomó una de las llaves y saliendo de detrás del mostrador con un gesto eficiente le indicó que la siguiera.

—Servimos el desayuno de 9 a 10, el almuerzo a la 1 de la tarde y la cena a las 9. Nos gusta la puntualidad señor Sagasti —añadió mientras comenzaba a avanzar por un pasillo largo y estrecho, bordeado por puertas de madera oscura y pesadas.

—De acuerdo, gracias, ahí estaré con puntualidad inglesa —dijo y el comentario le volvió a llevar con amargura a su mujer, su ángel inglés.

El silencio reinaba en el lugar, roto solo por el eco suave de sus pasos sobre el suelo de parqué gastado que crujía ligeramente bajo su peso. Aquellas paredes parecían que absorbían mucho más que la sal. Dolores continuó hablando con su voz apagada por las gruesas alfombras que cubrían algunas secciones del pasillo. Las paredes, adornadas con cuadros enmarcados de

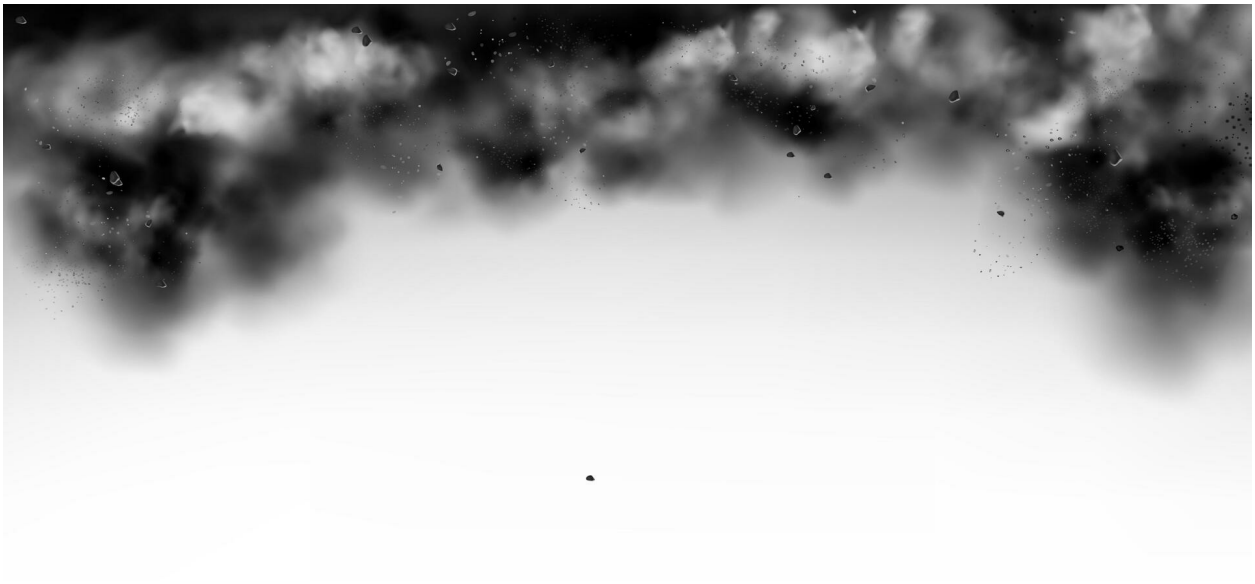
paisajes descoloridos por el tiempo, parecían guardar los secretos de una época pasada, mientras la luz amarillenta de las lámparas de araña colgantes proyectaba sombras alargadas que danzaban suavemente a medida que avanzaban. El ambiente era de una calma casi tangible, como si el hotel mismo estuviera suspendido en un sueño antiguo, habitado por pocos huéspedes que compartían el respeto por su tranquilidad.

Al abrir la puerta, un suave chirrido resonó en el pasillo, dándole paso a una habitación que exudaba un aire de antigüedad. El espacio era pequeño y de techos altos, con paredes cubiertas de un papel tapiz floral que había perdido su color vibrante con el paso de los años, desvaneciéndose en tonos apagados de marrón y verde. Una cama individual se encontraba meticulosamente hecha, con sábanas blancas de lino que brillaban con una limpieza impecable, contrastando con la pesada colcha de terciopelo burdeos que la cubría. Un armario de madera oscura, macizo y tallado con intrincados detalles, ocupaba una esquina. Frente a la cama, un escritorio de roble se apoyaba contra la pared, sobre el cual descansaba una lámpara de mesa con una pantalla de seda amarillenta que emitía una luz tenue y cálida. Y junto a este, una silla de respaldo recto, tapizada en un tejido que alguna vez fue elegante, pero que ahora mostraba signos de desgaste. Una pequeña ventana remataba el conjunto con unas cortinas pesadas de brocado, parcialmente corridas, que dejaban filtrar un rayo de luz exterior, suficiente para revelar el polvo suspendido en el aire.

—Espero que esté cómodo durante su estancia. No dude en pedir lo que necesite —dijo la mujer, con una sonrisa cálida antes de girarse y marcharse por el pasillo.

—Muchas gracias, es usted muy amable, Dolores —respondió Matt mientras se adentraba en la habitación.

La mujer le devolvió una última sonrisa al verse reconocida y desapareció por la esquina del corredor.



EL FARO

Tras un rato recorriendo la estancia y observando los detalles de los muebles Matt se puso a deshacer su equipaje. Notó que no llevaba mucha ropa adecuada para el clima, aunque no pensaba quedarse mucho tiempo en ese lugar remoto y estático. En realidad, ni siquiera sabía por qué había decidido venir al hostal, pero la decisión le daría tiempo y un lugar donde estar. Puede que a pesar de todo aquella vieja casa sí que fuera un refugio.

Se sentó en la cama, sacó el dibujo del faro que había llevado consigo y lo examinó detenidamente. El reloj de pared, con su cara dorada y manecillas envejecidas, marcaba las cinco de la tarde cuando decidió salir de la habitación y dirigirse nuevamente al mostrador.

—Perdone... —dijo interrumpiendo el silencio reverberante de la entrada. Dolores, que leía tranquilamente en una butaca alta junto al mostrador, levantó la vista por encima de sus gafas cuadradas—. ¿Podría decirme en qué dirección se encuentra el faro?

Una sombra fugaz cruzó el rostro de la señora, una expresión que Matt logró identificar con precisión y no le gustó. La mujer bajó la vista, como si buscara las palabras correctas, mientras el silencio volvía a envolver la escena.

—¿El faro?—quiso saber como si no creyera lo que le había preguntado.

—Sí, quiero ir al faro de Villdebruma.

—Comprendo, señor Sagasti, ¿por qué quiere ir a ese lugar? Si no le es molestia contestar por supuesto —dijo volviendo a la profesionalidad que la caracterizaba.

—Es simple investigación de campo —explicó Matt con una ligera sonrisa forzada—. Me estoy documentando para escribir.

—¿Es usted periodista? ¿Saldremos en los periódicos? —exclamó la mujer arqueando una ceja mientras ajustaba sus gafas.

A Matt se le escapó una risilla nerviosa. Lo cierto es que era periodista de profesión, pero no la ejercía, pues sus libros, que habían sido fenómenos de ventas durante mucho tiempo, lo habían hecho dedicarse por completo a la escritura, que era a lo que soñaba dedicarse desde pequeño.

—No exactamente —dijo Matt—. No soy periodista, sino escritor. Estoy trabajando en una novela y el faro es una parte importante de la trama.

La mujer lo miró con una mezcla de curiosidad y cautela. Parecía sopesar sus palabras antes de responder. Finalmente, asintió lentamente, como si estuviera decidiendo si debía o no ofrecer más información.

—En ese caso —dijo con el tono de su voz suavizándose ligeramente—, le recomendaría que tenga cuidado. El faro está bastante alejado y no es fácil de encontrar con la niebla. Además, las calles de este pueblo suelen ser reacias a las conversaciones sobre él. Lleva muchos años abandonado a su suerte…

—Insisto, señora Dolores —dijo Matt, su mirada fija y desafiante—. Necesito ir a ese faro lo antes posible.

La mujer suspiró, se quitó las gafas y con un gesto de resignación clavó sus ojos azules, curtidos por los años, en los de Matt. Él mantuvo la mirada con determinación.

—Está bien, aunque creo que no me cuenta toda la verdad —soltó con su voz cargada de una mezcla de advertencia y aceptación—.

—El faro es importante para mí, por favor Dolores, lo necesito.

Matt resopló con ansiedad contenida y un destello de determinación en sus ojos. Ella asintió con gravedad para luego inclinarse hacia adelante, como si estuviera a punto de confesar algo importante.

—Desde aquí debe tomar el sendero que se encuentra al final de la avenida principal. —Comenzó, señalando con un gesto firme hacia la derecha—. Es un sendero empedrado que baja hacia la costa. Asegúrese de seguirlo hasta llegar a una pequeña cala. Allí encontrará un camino natural que se pierde entre la vegetación espesa.

Hizo una pausa, observando la expresión de Matt para asegurarse de que comprendiera.

—El faro está en lo alto de un acantilado que no está conectado directamente a la playa, debe tomar el camino que se interna en el bosque. Son solo un par de curvas amplias, no se desvíe de él. Parece un trayecto sencillo, pero le ruego que tenga mucho cuidado.

Matt salió del hostal en dirección al faro tras múltiples agradecimientos a la hostalera. Debía ir en coche, pues era un camino demasiado largo para hacerlo a pie él solo y sin un mapa. Cuando llegó a la playa, el faro apareció a lo lejos, erguido y solitario en el horizonte. Su corazón dio un vuelco al ver que era idéntico al que había visto en sus sueños. Detuvo el coche en medio del paseo desierto y se apresuró a salir. La marisma era agresiva y entrecerró lo ojos para seguir haciendo contacto con el faro. Cuando se sintió preparado se asomó hacia la playa de arena gruesa que se extendía bajo sus pies. Una pequeña valla de piedras, apenas más alta que sus espinillas, era la única barrera entre él y la costa.

El faro estaba muerto, tal y como Dolores le había advertido y envuelto en una bruma espesa. Se veía desolado, con su estructura desgastada por el tiempo como un esqueleto gigante. El mar frente a él parecía en calma, sus aguas reflejando el cálido resplandor del sol de la tarde en una serie de destellos dorados y plateados. Las olas rompían suavemente en la orilla huyendo de la niebla, creando un contraste sereno con el fatídico paisaje del faro.

Matt se acercó a la valla, tocando la fría superficie de las piedras con sus dedos, dejando

que los sentimientos le invadieran. Miró hacia el faro, sintiendo una mezcla de anticipación y una vaga inquietud.

El sendero que la mujer había mencionado se escondía entre la vegetación, parcialmente oculto por la maleza que se arrastraba hacia la playa y sin señalizar. Matteo tomó una respiración profunda y comenzó a caminar, dispuesto a alcanzar su objetivo. Dejó a sus espaldas el sonido de sus pasos sobre la arena y el murmullo del mar a su lado, volviendo a ser consciente de sí mismo.

—Cómo te odio —sentenció Matt en voz alta, el desdén en sus palabras casi rivalizando con el olor a sal que le provocaba náuseas. El mareo se apoderó de él y lo hizo trastabillar hacia atrás como si el mar lo quisiera arrastrar. Ese mismo mar que había jurado no volver a pisar jamás desde el accidente de Sharon. Sin embargo, allí estaba, frente a él una vez más y decidido a averiguar qué ocultaba aquel extraño lugar.

El camino del bosque le hizo plantearse dar la vuelta, no por miedo, sino por el frío. La temperatura había descendido y la neblina se enganchaba en sus extremidades de manera viciosa. Sacudiendo la cabeza y abrazándose a sí mismo siguió hasta alcanzar la cima del acantilado. Allí le esperaba viejo y altivo el faro de Valdebruma.

La pintura de su exterior era blanca y la puerta parecía una simple madera pegada a la pared. Sin meditarlo mucho Matt se aferró al picaporte e hizo rechinar recias bisagras intentando abrir. Todo crujió y parecía que iba a partirse, aunque el sonido era prometedor, la puerta se mantuvo infranqueable. Lo intentó varias veces, todas con el mismo resultado. Desalentado el señor Sagasti dio un paso atrás elevando la vista al cielo, sintiendo cómo la tristeza le devoraba el corazón. ¿Eso era todo? ¿Un faro abandonado y ya? ¿Sin secretos? ¿Sin respuestas?

Con una sensación de fracaso e ira sus pies comenzaron a arrastrarse por la tierra y luego le dio un puntapié al gigante de hierro. El sonido reverberó como un grito en la inmensidad. Se quedó allí, en silencio, mirando cómo el sol se hundía lentamente en el horizonte, pintando el cielo con tonos de naranja y rosa. Las olas lamían la orilla, tocando sus dedos con un toque frío y efímero mientras la brisa marina se enredaba en su cabello.

—Lo siento, Sharon... No entiendo nada —dijo dejando caer una lágrima por su mejilla.

Regresó por el camino que había bajado a través del acantilado sin apuros. Se sentó en la valla para sacudirse los zapatos antes de subir al coche cuando el sol se marchaba del lugar para dejar paso a la luna.

Entonces, se giró dispuesto a marcharse cuando algo en la orilla, a lo lejos, captó su atención. Una figura negra se perfilaba en la penumbra neblinosa que ahora se extendía con más potencia. Matt se sobresaltó para luego quedarse paralizado ante la visión espectral. Decidió bajar corriendo hacia la figura, pues la había reconocido, pero un repentino mareo le hizo perder el equilibrio y quedarse sin aliento entre su desconcierto.

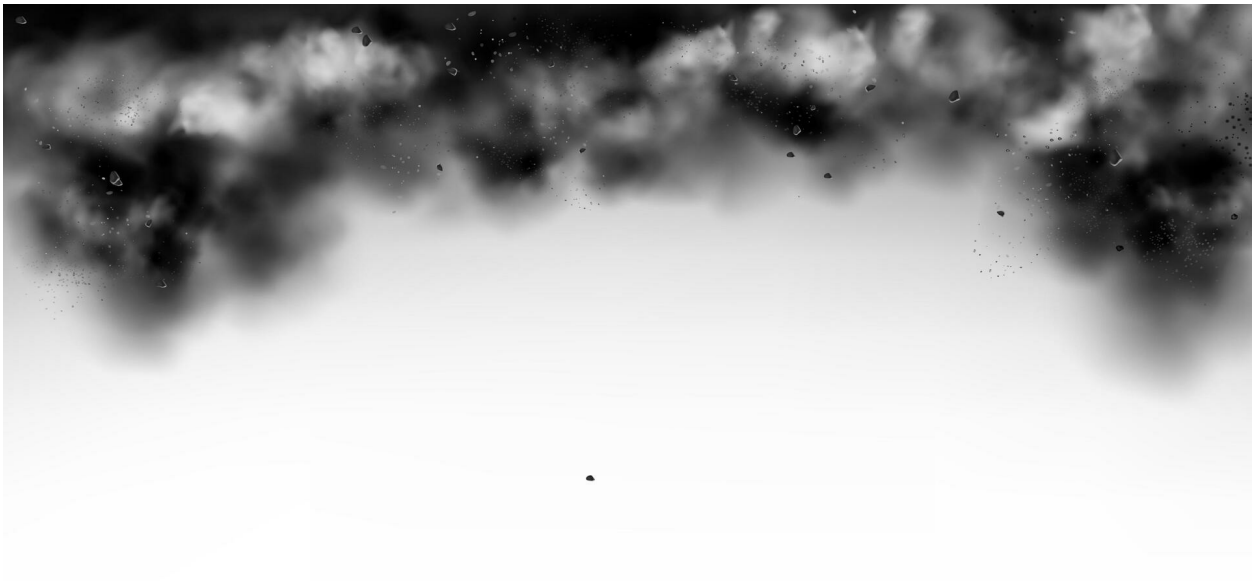
Desde el centro del mar, la mujer nadaba con una suavidad etérea entre las olas. Y a medida que se acercó a la orilla su cuerpo se alzó y caminó despacio. Era una visión terriblemente hermosa. Su cabello parecía una cascada de algas marinas y sus ropas hechas jirones se movían con la brisa. La luz del faro se había encendido débil y lechosa, haciendo que su piel brillara con un resplandor tenue y sobrenatural.

Matt observó con horror y fascinación mientras la mujer se acercaba a una figura negra que la aguardaba en la playa y de la que Matt se acababa de percatar. El anciano, encorvado y taciturno, se mantuvo en su lugar hasta que ella llegó. La mujer se inclinó hacia él y le susurró algo al oído, su voz quedó amortiguada, pero incluso en la distancia el escritor pudo notar su gravedad. La atmósfera parecía cargada de un aura misteriosa que le resultaba extrañamente

familiar y profundamente perturbadora.

De repente, la mujer y el anciano se volvieron hacia él, fijando los ojos en su persona. Fue como recibir una puñalada de hielo directo al corazón. Él sintió un miedo tan profundo que pocas veces había experimentado. Los ojos de ambos estaban llenos de un poder que parecía penetrar hasta el alma.

Sin pensarlo dos veces, corrió hacia su coche. Subió, arrancó el motor y se lanzó por el camino hacia el pueblo. su corazón latía desbocado, como cuando despertaba de sus pesadillas. Cada sonido parecía amplificado en la noche silenciosa y el eco de lo que había visto resonaba en su mente. Ya no distinguía lo real de lo onírico, pues el horror se había hecho carne.



EL MAR

Matt entró en el Refugio con el corazón acelerado y la mano en el pecho, mientras la mujer del mostrador acababa de organizar su espacio de trabajo.

—Ah, señor Sagasti, llega justo a tiempo para la cena —dijo ella complacida. Pero al levantar la vista y verlo pálido con la mirada desencajada, su tono cambió—. Matteo, ¿se encuentra bien?

—¿Quién es? —Matt apenas logró balbucear, tambaleándose en busca de una silla.

—¿Quién es quién? —preguntó la mujer, frunciendo el ceño y alargándose para ayudarlo.

—El hombre del faro —dijo tomando una bocanada de aire.

Un rayo rompió el breve silencio y la expresión de la mujer cambió abruptamente, endureciéndose por completo.

—No sé de qué me habla, señor Sagasti —cortó tajante Dolores.

—¿Quién vive en el faro? Usted dijo que estaba abandonado, pero allí en la playa había un anciano… Y una mujer que salió de…

—¡Basta! —La voz de la hostalera se alzó de repente, cortándole—. ¡Nunca hablamos de ese hombre!

—Entonces, ¿sí hay alguien? —Matt, que había logrado recuperar algo de compostura, se levantó lentamente—. Por favor, Dolores, dígame quién es.

—No hablamos de él, también se lo advertí —expuso la mujer en un susurro, sin mirarlo a los ojos.

—¿Por qué? ¿Qué tanto mal puede hacer?

—Está prohibido —respondió la mujer, con una firmeza que igualaba la intensidad de su mirada.

—¿Y la mujer? ¿Quién es ella?

—No le puedo contestar a eso tampoco, es algo prohibido.

—¿Prohibido por quién? No entiendo nada —dijo con desesperación el escritor.

—Señor Sagasti... —La mujer suspiró, con el peso de una advertencia en su voz—. Por favor, recoja sus cosas y márchese de este pueblo antes de que le pase algo. Deje el maldito faro en paz.

—Antes prefiero ahogarme en el mar como mi mujer.

Matteo Sagasti la miró lleno de odio. No había viajado hasta aquel rincón olvidado del mundo para rendirse ahora. Apretó los puños y, sin meditarlo más, salió del hostal con paso decidido dirigiéndose al coche.

—¡Matteo! —la voz de la mujer se alzó desde las puertas, pero no consiguió detenerlo. Matt arrancó el motor y se dirigió nuevamente hacia el faro, acelerando al salir del pueblo.

Empezó a llover de nuevo cuando Matt llegó a aquel oscuro paraje. El sonido del mar resonaba en la distancia y la luna brillaba hechizada en un firmamento repleto de estrellas titilantes. La cala estaba desierta, pero a lo lejos, la luz del faro permanecía encendida. Matt reunió todo su valor e hizo de nuevo el camino hasta llegar a la desvencijada puerta.

Si había alguien dentro sería imprudente intentar abrirla de golpe, así que optó por tocar. Pero antes de que su mano llegara a posarse sobre la madera, la puerta crujió y se abrió lentamente, con un chirrido que rompió el silencio revelando su interior.

La estancia era pequeña y albergaba una cocina antigua que había sucumbido al polvo y a las termitas. El aire estaba impregnado de un olor mezclado de humedad y whisky. En el centro de la habitación, una mesa con solo dos sillas sostenía varias velas encendidas, que proporcionaban la única iluminación en aquel lugar cargado de misterio.

—Es de mala educación no pasar cuando le invitan, señor Sagasti.

Matt se sobresaltó con la voz vieja y carcomida. Al fondo de la sala, una figura encorvada manipulaba algo que no alcanzaba a ver. Dio un paso al frente y pasó cerrando la puerta tras él con cuidado. El sonido del mar cesó en aquel lugar hermético y viciado. El anciano se dejó ver a la luz de las velas, estaba cosiendo redes de pesca en una tarea mecánica y repetitiva. Era un hombre delgado, con barba blanca y piel desgastada por el sol y la sal. Las arrugas que cubrían sus ojos impedían ver el color del iris, pero Matt podría jurar que eran de un azul claro, casi blanco.

—¿Y bien, joven? —preguntó sin levantar la vista.

—¿Qué? —Matt no supo qué decir.

—¿Cómo que "qué"? —La voz del anciano resonó con una mezcla de irritación y curiosidad—. Eres tú quien ha venido a mi casa… ¿Qué te trae de nuevo por aquí, Matteo?

Su corazón comenzó a latir con fuerza y una gota fría de sudor cayó desde su negro pelo por su frente.

—¿Cómo sabe mi nombre? —dijo mientras trataba de controlar su respiración acelerada.

—Yo sé muchas cosas, demasiadas diría yo. Tus sueños de sal te han traído hasta aquí, te estábamos esperando. Ahora, pregunta lo que anhelas saber.

—¿Qué es este lugar? —dijo mirando a su alrededor.

—Un simple faro —respondió el anciano con suavidad.

—En el pueblo me dijeron que estaba abandonado. ¿Por qué está usted aquí?

El anciano dejó escapar un suspiro cansado y se levantó lentamente de la pequeña butaca donde estaba sentado. Sus huesos crujieron al moverse.

—¿Esas son las preguntas que vas a hacerme? Deja de perder el tiempo, muchacho. —Abrió uno de los armarios corroídos y sacó una botella de whisky turbia por el polvo que llevaba

encima junto con dos vasos.— Toma asiento si quieres beber algo.

Matt observó detenidamente al extraño anciano. Parecía tener cientos de años, pero le habían advertido que la vida de un marinero era dura y envejecía prematuramente a quienes la llevaban. Si es que realmente era marinero, ya lo dudaba todo. El hombre vestía unas botas de agua desgastadas y un pantalón de felpa gris, acompañado de una camiseta azul marino verdosa, roída y con algunas manchas. Extraños tatuajes indescifrables serpenteaban alrededor de sus brazos, pues la tinta se había fundido con su piel arrugada y curtida por el tiempo. Debía de ser un marinero seguro, encajaba en el perfil de cualquier personaje que él hubiera escrito.

El joven se sentó rígido en una de las sillas. El anciano se sentó frente a él y sirvió con soltura dos vasos del licor seco y sin hielo.

—¿Y bien?¿Qué quiere saber de verdad, señor Sagasti?

—No lo sé, ni siquiera sé por qué estoy sentado hablando con usted.

El anciano dejó escapar una risa extraña que le provocó incomodidad física y mental.

—Pues vaya con el escritor. La intriga debe ser una contigo, como la sal con este faro.

—Me dijeron que todo estaba muerto. ¿Qué hace usted aquí? —Fue lo único que Matt logró articular.

—Yo vivo aquí, así que, como ves, no está abandonado —respondió el anciano, sin dejar de mirar a Matt mientras daba un trago a su whisky.

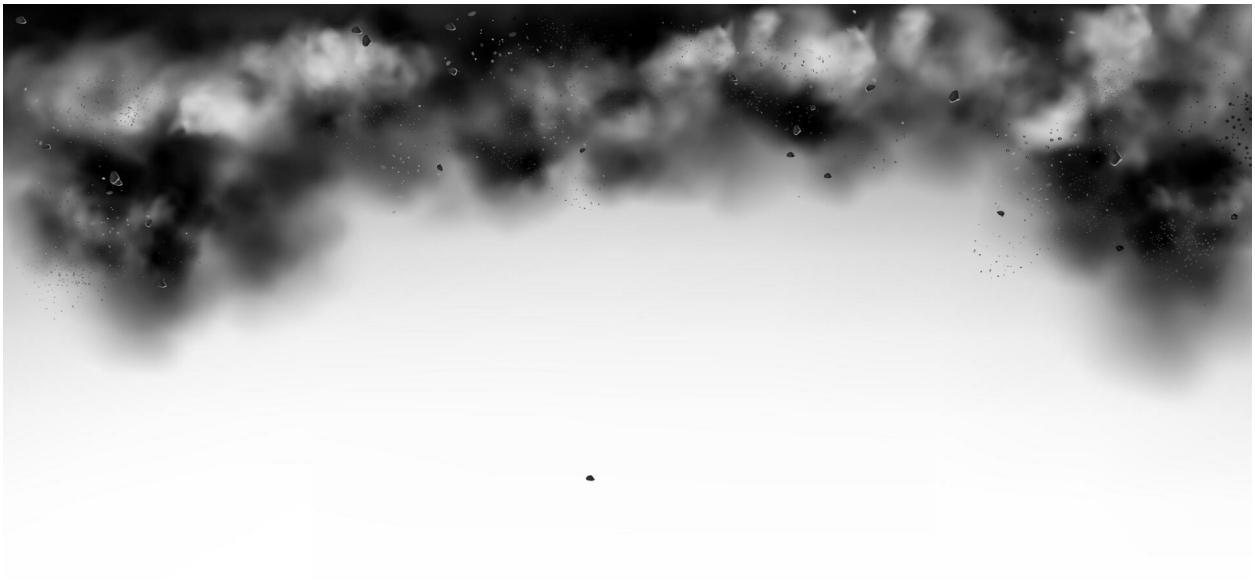
—¿Quién es usted? —dijo cauteloso Matt, sintiendo cómo el ambiente se volvía cada vez más denso.

El anciano sonrió, con una mueca que parecía esconder secretos antiguos.

—Ahí está la pregunta correcta —murmuró, levantando el vaso y observando cómo el líquido giraba en el cristal, formando suaves ondas—. He tenido muchos nombres... tantos que ya ni los recuerdo —rió en voz baja, como si disfrutara de un chiste que solo él entendía.

—¿Es usted el demonio? —se atrevió a preguntar Matt, su voz apenas un susurro.

—Ojalá, pero no. —El anciano clavó sus ojos azules en los de Matt, inclinándose lentamente hacia él antes de responder—. Yo soy el mar.



LA DEUDA

La incredulidad de Matt crecía por momentos ante la extraña respuesta del anciano, que seguía allí observándolo impasible.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Yo soy el mar —repitió el anciano sin perder la compostura y con la misma convicción.

Matt lo miró, buscando un atisbo de locura que le diera sentido a todo. Pero no, ahí seguía sin moverse, sosteniendo el vaso de whisky en la mano y su mirada le confirmó su perfecta cordura.

—El mar… ¿El dios del mar? ¿Poseidón? ¿Neptuno?

—Ya te he dicho que he tenido muchos nombres.

—Oh, esto debe de ser una broma muy pesada. —Se frotó la cara—. He conducido seis malditas horas hasta este lugar alejado de cualquier mapa, gastado dinero en una habitación vieja y caminado lo inimaginable entre esa maldita niebla, para que un viejo chiflado me diga que él es el mar…

—Yo que tú no me faltaría al respeto de esa manera. Te recuerdo que estás en mi casa. —Le advirtió con serenidad.

—Esto es un faro maldito abandonado y tu un marinero harto de sal.

—No está abandonado, porque yo vivo aquí desde antes de que tú nacieras. Y mucho menos está maldito. —Su voz seguía pausada y tranquila.

—Tengo que largarme de este lugar lo antes posible. —Matt se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Hace exactamente diez meses, dos días y seis minutos que soltaste la mano de tu esposa Sharon en mitad de la tormenta y yo la engullí. —Matt, de espaldas al anciano, se quedó

paralizado y un sudor frío empezó a recorrerle la espalda. Se giró con lentitud conteniendo su ser.

—¿Cómo sabe usted eso? —Dejó escapar entre sus dientes.

—Ya te he dicho que sé muchas cosas. —Le hizo una seña con la mano para que se sentara frente a él de nuevo.

Matt tembló al sentarse. Parecía que el anciano había crecido en un breve espacio de tiempo y ahora lo veía enorme y majestuoso, como un dios.

—¿Por qué a ella? —soltó con la voz rota—. Si era quien decía ser, ya no había marcha atrás, quería saberlo todo.

—¿Por qué Sharon Smith? Si no recuerdo mal, tú soltaste su mano.

—¿Está diciendo que yo dejé morir a mi esposa? —Matt se arrebató y dio un duro golpe en la mesa.

—Cálmate, muchacho. No, estoy diciendo que su última esperanza residía en ti y el lazo se quebró. Sharon debía saldar su cuenta y yo fui el ejecutor.

Los ojos de Matt se cristalizaron. Algo ardía como fuego en su interior y no pudo evitar estallar y agarrar al anciano por la camisa.

—¡Sharon no tenía ninguna cuenta que saldar! ¡Y menos con usted! ¡Ella debería seguir viva!

El hombre con un gesto preciso y contundente lo abofeteó con el dorso de la mano, haciendo que lo soltase y el escritor volviera a su asiento. El viejo asintió y Matt lo miró digno mientras su mejilla enrojecía.

—Todos tenéis algún día que pagar la deuda de una manera o de otra. Nadie se libra de ella.

—¡Ella no había hecho nada! ¡Sharon era una mujer maravillosa! Por el amor de Dios… —Dejó caer su cara entre las manos. ¿Cómo podía estar teniendo semejante conversación tan irreal?

—¿Acaso sabes quién fue Sharon en sus vidas anteriores, Matteo?

—¿Y eso qué más da? A mí la que me importa es la Sharon de ahora, el pasado ya no existe.

El anciano chasqueó la lengua, cansado.

—Mira, muchacho, todos vosotros, los humanos que vivís en este mundo, transitáis muchas vidas. A veces una detrás de otra, y otras se hace un espacio de tiempo en el que el alma descansa. De algunas de ellas vuestras almas salen impunes y morís en paz. Por el contrario si quedan máculas en ellas es nuestra responsabilidad equilibrar la balanza. Así, cuando llega el momento, la energía vuelve a su cauce y se salda la cuenta para que el curso de la vida continúe. Sharon Smith, en sus vidas anteriores, cometió terribles actos de maldad. Ahora ha saldado su deuda y su alma está limpia.

—¿Qué actos de maldad?

—Eso es algo que no puedo revelarte, muchacho.

—¿Cuántas vidas llevo yo? —dijo llevándose la mano al pecho.

—Esta es tu segunda vida —contestó.

Matt agarró el vaso de whisky y bebió como nunca antes lo había hecho hasta acabarlo.

—¿Es usted quien me ha traído hasta aquí?

—Sí y no, sabía que vendrías, estaba escrito.

—¿Quién ha sido entonces? He estado soñando con este faro durante meses entre terribles

pesadillas.
—Yo no controlo los sueños de la gente, he pedido ayuda para acelerar tu llegada —dijo levantando el dedo hacia arriba—. Eso es cosa de otros dioses.
Matt alargó el brazo ofreciéndole el vaso vacío. El anciano lo llenó.
—¿Cuántos años tiene?
—Los mismos que tiene este mundo.
—Esto es una locura —dijo negando con la cabeza.
—A mí me parece que estamos los dos perfectamente cuerdos, señor Sagasti.
—¿Qué hace en este lugar un dios?
—Ver las vidas pasar con tranquilidad.
—¿Por qué en forma de un humano anciano?
—Porque nadie le pone atención a un viejo loco.
—Hace unas horas le vi en la orilla. Había una mujer con usted. ¿Dónde está ella ahora?
—No pueden estar mucho tiempo fuera del mar.
—¿Era una nereida?

El anciano se recostó sobre la silla y lo miró con una sonrisa de satisfacción. Después de todo, parecía que ese escritor sabía más de lo que aparentaba.

—Así es como las llamáis hace años, sí. Una de mis hermosas criaturas, saqué la idea de Gabriela hace años, yo también quería mis súbditas.

—Los seres mitológicos no existen, son solo cuentos. —Una contestación un tanto absurda en aquel momento.

—¿En serio? —Los ojos del anciano centellearon a la luz de las velas—. ¿Qué sabrá un minúsculo *ceniza* como tú de lo que existe y lo que no? En mi interior hay secretos que ni siquiera podéis imaginar. Jamás llegaréis a conocer los confines del mar, como para saber con certeza lo que es verdad o leyenda.

Matt se mordió el labio y asintió con levedad mientras por dentro se arrepentía de su estupidez.

—He venido hasta aquí porque algo me ha arrastrado. Estoy buscando mi libertad mental y la necesito ya.

—La paciencia es una virtud, amigo. —El anciano miró hacia el exterior por la ventana. Fuera el mar rugía y llovía a cántaros—. No tardará mucho en venir.

—¿Quién no tardará? —Matt lo miró ansioso.

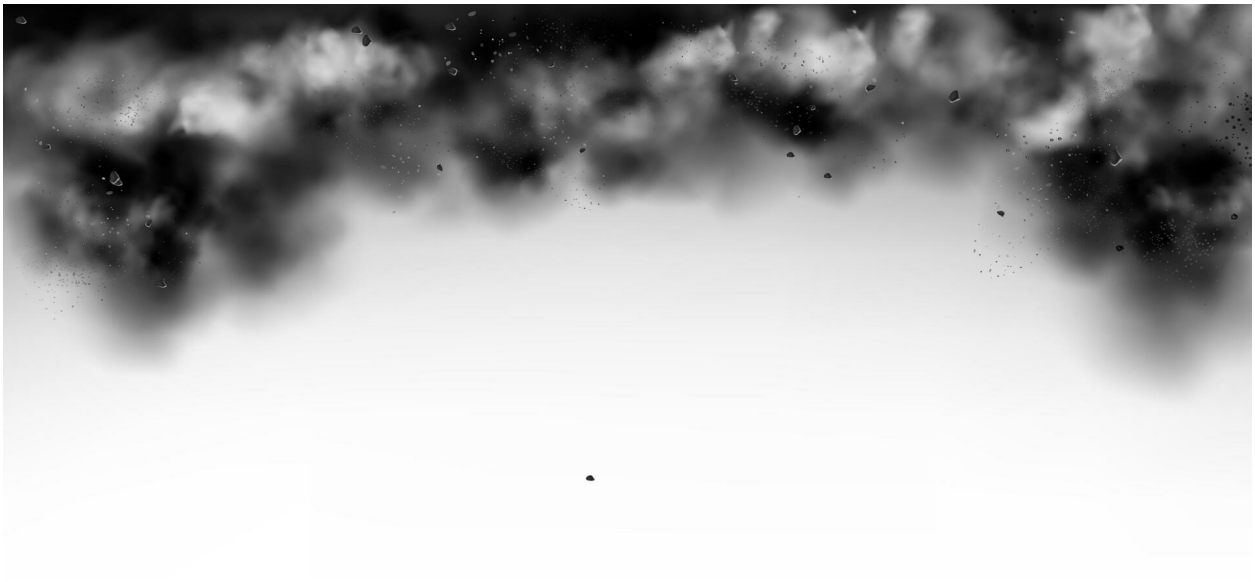
—Lo que realmente has venido a buscar.

Por un instante, Matt pensó en Sharon con su melena rubia y sus ojos esmeralda saliendo del mar de nuevo. Dándole la mano y volviendo a casa juntos. Eso era lo que de verdad su corazón y su alma deseaban. Unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Sobresaltado, se levantó de la silla y se dirigió a la entrada del faro tras indicárselo el anciano con un gesto de la mano. Cuando abrió la puerta, desde las sombras de la noche emergió aquella mujer extraña que había visto en la playa. La visión lo espantó y un rayo cruzó el cielo.

—¡Santo Dios! —Se llevó la mano al pecho y, del susto, cayó de espaldas.

—Ella no cree en ese ya —espetó el anciano sin moverse de su silla tras un buen trago de whisky.

—Es… Es… —No pudo articular palabra.



EL LEGADO

La nereida lo miró sin inmutarse con sus hermosas facciones. Sus ojos eran unas inmensas cuencas, todo pupila, que parpadeaban en vertical como los anfibios. Su piel era un conjunto blanco y brillante de escamas perfectas. Y su melena que caía hasta más abajo de la cintura era una amalgama inmensa de algas y algún ser vivo que rondaba entre sus trenzas. Tenía una cara extrañamente atractiva. Su nariz eran apenas dos orificios en la cara y tenía los labios carnosos de tono violáceo. Las branquias de su cuello se movían con suavidad, dejando escapar un ruido como el rumor de las olas. Y sus orejas eran enormes membranas escamosas. Tenía unas extremidades largas, sus brazos parecían humanos. Pero sus piernas tenían dos enormes aletas traseras, en la zona de los gemelos, que junto a las membranas de los dedos le darían una velocidad terrible al nadar.

La mujer se agachó para colocarse a su altura y le extendió los brazos. Llevaba un bulto arropado para protegerlo de la lluvia. Lo destapó con suavidad y Matt pudo ver un bebé pequeño dormitaba sumido en un plácido sueño, ajeno a todo lo que estaba pasando. El escritor se quedó sin habla y notó cómo el corazón aceleraba a tal velocidad que se acabó mareando al alejarse hacia atrás de ambos.

—¿Qué significa todo esto? —dijo poniéndose en pie mientras se apoyaba en la pared.

—Cuando Sharon se hundió en el mar estaba embarazada. —La voz del anciano sonó como una puñalada en su espalda—. Este es tu hijo… Él es lo que has venido a buscar, tu legado.

A Matt se le quebró el último fino hilo de cordura en aquel momento. No podía ser algo real, era imposible, debía ser una nueva pesadilla provocada por aquel lugar.

—¿Cómo puede ser? Ella murió, el bebé también debería haberlo hecho. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Quería huir de allí, de aquella ensoñación infernal.

Sin embargo, el llanto de aquel bebé lo sacó de su trance. Se acercó a él con reserva y lo observó. Tenía apenas unos meses, era una copia exacta de Sharon, con su cabello rubio, su piel blanca, esos pómulos rosados y esas pequeñas orejas tan bien hechas.

—Él no tiene ninguna cuenta que saldar, señor Sagasti. Esta es su primera vida... No era justo que me lo llevara también; hubiera roto el equilibrio del mundo.

—Así que así funcionan las cosas…

—¿A qué esperas para cogerlo? Él es tu razón de estar aquí.

Matt alargó los brazos hasta la nereida y esta le entregó al pequeño con una delicadeza inesperada. Su piel estaba fría como el hielo. Se hizo a un lado y quedó frente al anciano. Este le dijo algo en un idioma incomprensible, mitad burbujeo, mitad silbido. Ella inclinó la cabeza y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Matt se abrazó con el niño en brazos, sin poder dejar de mirarle. Las lágrimas se escapaban por sus ojos sin control y una sonrisa sincera se le escapó después de tanto tiempo.

—¿Cómo pudo sobrevivir a la muerte de Sharon? ¿La mantuvo viva en el fondo del mar?
—No, ella murió en ese momento.
—Pero es imposible, un bebé no puede…
—Señor Sagasti, —Le interrumpió—, estoy cansado de escuchar la palabra "imposible" de su boca. Si es tan amable, ya tiene lo que ha venido a buscar. Vuelque todo su amor en ese ser, su vida vuelve a tener sentido… Ahora, por favor, puede marcharse de mi casa.
—No entiendo nada.
—Los humanos dejasteis de entender hace ya muchos años, Matteo Sagasti. Lo místico y lo sobrenatural coexisten en este mundo también, pero vosotros ya lo habéis olvidado. Le habéis perdido el respeto al tiempo, a la vida y a la naturaleza. Y nosotros seguimos estando ahí. Estamos desde el principio del mundo y lo estaremos cuando os marchéis y dejéis paso a una nueva especie, quizás más inteligente que vosotros. Ahora, por favor… —Levantó la mano y le indicó la puerta.
—¿Y si lo cuento todo? Soy escritor, podría hacer que todo el mundo supiera de usted y del pueblo de la bruma.

El anciano guardó el whisky en el armario entre carcajadas.

—¿De verdad crees que alguien te creería? Solo será un libro de fantasía más. —Miró al bebé en sus brazos—. Hay más dioses como yo, dispuestos a hacerte saldar la cuenta en el momento en que surques la línea. Dale una buena vida a ese muchacho y no vuelvas pronto por aquí. Si no te importa... Estoy esperando otra visita.

Matt no añadió nada más, se dirigió hacia la puerta y la abrió para salir como le había indicado. No se dio la vuelta. Abrazó a su hijo con fuerza y la puerta del faro se cerró a sus espaldas, devolviéndole la respiración que por momentos se había marchado. Se dirigió al coche caminando por la playa, la luna lentamente se marchaba para dejar paso al día de nuevo.

A lo lejos, una mujer mayor caminaba en dirección al faro. No lo miró, simplemente siguió andando hasta llegar a la puerta, tocar y adentrarse en la oscuridad de aquel gigante de luz. Ella era la visita... Alguien como él, dispuesta a ajustar su deuda con el mar.

Matt miró a su hijo, que empezaba a desperezarse, tenía sus mismos ojos y ver esa mezcla perfecta de él y su esposa le enterneció el corazón.

—Hola, Bastian, soy papá. —Ese era el nombre que él y su mujer habían decidido si algún día tenían un hijo. Bastian, aquel niño amante de los libros que se había introducido en el mundo de la historia interminable para vivir aventuras—. Volvamos a nuestro hogar, Terrazul.

Y así, Matteo Sagasti regresó a casa con su hijo en brazos. Así fue como su vida volvió a tener sentido y como la herida que le había dejado la muerte de su esposa se hacía un poco más pequeña.

Jamás habló de lo sucedido, del pueblo o del faro. No se atrevió a mencionar al anciano, que era el mar, ni a sus criaturas. Los dioses se merecían un respeto, y así también se mantenía el equilibrio entre silencio, sal y bruma.

Fin